

## Hamás: año cero

*¿Cuál es el programa islamista para Palestina?*

**Ignacio Álvarez-Ossorio**

**E**n 1995 Simon Peres publicaba un libro titulado *Oriente Próximo: año cero*. El por aquel entonces ministro de Asuntos Exteriores israelí, arquitecto de los acuerdos de Oslo, dibujaba un futuro esperanzador para la región y se mostraba optimista ante la posibilidad de que “se instituya una nueva realidad en la que los negocios se antepongan a la política. En último término, Oriente Próximo se unirá en un mercado común, una vez que hayamos logrado la paz”. Once años más tarde, las diferencias entre ese idílico escenario y la descorazonadora realidad son abismales.

Contra todo pronóstico, Hamás ha conseguido mayoría absoluta en las elecciones palestinas celebradas el 25 de enero. De los 132 escaños en liza, el Partido del Cambio y la Reforma, formación creada ex profeso para concurrir a los comicios, obtuvo 74 frente a los 45 de Al Fatah. Las tres implicaciones inmediatas de estos resultados son las siguientes: por una parte, Al Fatah pierde el monopolio de la política palestina detentado desde hace cuatro

décadas; por otra, Hamás se convierte en el primer movimiento islamista en el mundo árabe en conquistar el gobierno por medio de unas elecciones; por último, en la escena israelí, este *big bang* político puede reforzar, en las elecciones legislativas del 28 de marzo, a los sectores “halcones” que han advertido que los territorios ocupados pueden llegar a convertirse en un “Hamastán”.

Unas semanas antes de la celebración de las elecciones, el diario israelí *Haaretz* escribía premonitoriamente en su editorial: “Un triunfo de Hamás no indicaría necesariamente una radicalización islamista de la sociedad palestina o que los palestinos prefieren el terror a la negociación. Los palestinos pueden votar a Hamás como una reacción a la incapacidad de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) para satisfacer sus intereses; en realidad, Israel ha jugado un papel decisivo en el deterioro de su situación”.<sup>1</sup>

Quizá, la primera pregunta es por qué una organización como Hamás se ha consagrado como la principal fuer-

---

Ignacio Álvarez-Ossorio es profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Alicante.

za de la escena palestina y cuáles son las consecuencias que se pueden derivar de esta situación, tanto en la política palestina como en las relaciones con Israel. La respuesta no es sencilla; probablemente debería aludirse a diversos aspectos para comprender este trasvase de votos de Al Fatah a Hamás en los últimos comicios. Cuatro factores nos pueden ayudar a situar esta cuestión: la reislamización progresiva de la sociedad a consecuencia de la labor proselitista de Hamás, la intensificación de la ocupación israelí registrada desde el ascenso al poder de Ariel Sharon hace cinco años, el rotundo fracaso del proceso de Oslo, que ha fragmentado el territorio palestino en decenas de bantustanes incomunicados entre sí y, por último, la desastrosa gestión de Al Fatah, que ha llevado a la ANP al colapso institucional, la bancarrota financiera y la anarquía militar.

Ante este desalentador panorama, Hamás ha conseguido convertir las elecciones en un referéndum sobre el proceso de paz con Israel, con lo cual ha logrado atraer el voto de castigo por la gestión de Al Fatah. Mientras votar a Al Fatah significaba más de lo mismo, votar a Hamás representaba un intento de buscar la salida del callejón sin salida en el que se encuentran los palestinos.

No debe pasarse por alto que, en la última década, Hamás ha conseguido desplazar de manera gradual a Al Fatah. Mientras este grupo se perdía en el laberinto de unas negociaciones interminables, Hamás multiplicaba el número de sus seguidores debido a la labor de sus organizaciones benéficas, pero también a su estrategia del “sólo hablan las bombas” que les ha permitido ser contemplados como el verdadero depo-

sitario de los valores nacionales, en un momento en el que la negociación con Israel exigía la prestación de “dolorosas concesiones”. Si con su intervención en el proceso de paz Al Fatah ganó legitimidad en la escena internacional, el rechazo de Hamás a las negociaciones le brindó el apoyo de buena parte de la sociedad palestina. Así las cosas, los intereses de Al Fatah y Hamás eran diametralmente opuestos: el éxito de Oslo representaría una victoria para los primeros y una derrota para los segundos, mientras que su fracaso colocaría a los islamistas en una situación ventajosa frente a sus rivales.

Por esta razón, las elecciones legislativas de 2006 deben entenderse esencialmente como un voto de castigo al proceso de Oslo. Las negociaciones de paz, secundadas sin fisuras por Estados Unidos y la Unión Europea, han complicado la vida de la población palestina hasta lo inimaginable: Cisjordania ha sido convertida en un puzle de bantustanes aislados entre sí (zonas A, B y C), la expropiación de tierras se ha multiplicado como consecuencia de la construcción del muro de separación (de 700 kilómetros de distancia) y la colonización israelí se ha acelerado (de 225.000 colonos a 450.000) interrumpiendo la continuidad territorial palestina. Contra esta situación la población palestina se ha rebelado concediendo su voto a la única fuerza que, según su interpretación, puede revertir la situación.

Buena parte de la población palestina considera a la ANP corresponsable de esta situación por haber estado más interesada en defender sus prebendas que en mantener una posición de firmeza en las negociaciones. No debe extrañarnos que el programa electoral del

---

1. *Haaretz*, 22 de diciembre de 2005.



REUTERS

**Los líderes de Hamás, Ahmed Bahar, Mahmud Zahhar e Ismail Haniyeh (de izquierda a derecha) tras su reunión con Abbas. (Gaza, 4 de febrero de 2006)**

Partido del Cambio y la Reforma, fórmula electoral de Hamás, incidiese en la necesidad de “garantizar la reforma, evitar la malversación de los fondos públicos y luchar contra la corrupción”, para lo cual se consideraba indispensable “la transformación pacífica de la ANP y de los centros de poder”, pues “los recursos nacionales deben ser empleados en beneficio de todos y contribuir al desarrollo de la sociedad palestina”.

De hecho, la campaña se centró precisamente en la necesidad de reformar la ANP y poner en orden la casa palestina. Lo anteriormente dicho no significa ni mucho menos que Hamás haya abandonado sus posiciones tradicionales. Su programa electoral remarca la vigencia de algunos de los aspectos centrales de su carta fundacional de 1988, aunque sustancialmente edulcorados. De una parte, el programa resalta las credenciales islamistas del movimiento al manifestar que sus “po-

siciones, en lo que se refiere a los aspectos políticos, económicos, sociales y culturales, están basadas en el islam”. De otra, hace especial hincapié en la vigencia de la resistencia: “Nuestro pueblo se encuentra en la fase de la liberación y es legítimo para él intentar finalizarla por todos los medios, incluida la resistencia armada”.

No obstante, es evidente que, al participar en las elecciones, Hamás da un salto cualitativo en su estrategia. Al entrar en el Consejo Legislativo e intervenir en la gestión de la ANP, la organización islamista acepta implícitamente los medios políticos para alcanzar sus objetivos. Es más, podría considerarse incluso que Hamás está siguiendo la política del “paso a paso” que en su día diera Al Fatah, tras constatar la imposibilidad de imponerse a Israel en el terreno de batalla.

La mayor parte de los analistas internacionales ha destacado los esfuer-

zos de los islamistas por adaptarse a la *realpolitik*, pero han pasado por alto que su programa electoral menciona expresamente que, a partir de ahora, se emplearán “todos los medios” para poner fin a la ocupación, en una clara alusión al abandono de la doctrina del “sólo hablan las bombas”. Es más, este nuevo posicionamiento entra en abierta contradicción con la propia carta fundacional del movimiento que establece que “no hay otra solución a la cuestión palestina que la *yihad*”.

Este paso es comparable al dado en su día por la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), con el objeto de ser reconocida por el grueso de la comunidad internacional en la década de los setenta (a excepción de EE UU, que no lo haría hasta 1988). En junio de 1974, cinco meses antes de la histórica comparecencia de Yasir Arafat ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, la OLP aprobó el denominado Programa Temporal, que contemplaba la necesidad de emplear “todos los medios posibles” para liberar los territorios palestinos. Esta decisión, similar a la adoptada ahora por Hamás, implicaba, en la práctica, el abandono del artículo 9 de la Carta Nacional que estipulaba que “la lucha armada es el único medio para liberar Palestina”.

Las coincidencias no acaban aquí, puesto que también las declaraciones de algunos dirigentes islamistas parecen indicar que el reconocimiento de Israel está cada día más cerca. Esto es al menos lo que cabe deducir de las declaraciones de algunos dirigentes islamistas. Mahmud Zahhar, dirigente histórico del movimiento, declaró a la cadena de televisión CNN el 29 de enero: “Si Israel está preparada para satisfacer nuestra demanda nacional de retirada de las áreas ocupadas en 1967

[Cisjordania, Gaza y Jerusalén este]; liberar a los presos; detener sus agresiones; establecer una comunicación geográfica entre Gaza y Cisjordania; en ese momento, con garantías de ambas partes, aceptaremos el establecimiento de nuestro Estado independiente”. Por si no hubiera quedado suficientemente claro, Zahhar añadió: “Podemos aceptar el establecimiento de nuestro Estado independiente en las áreas ocupadas en 1967”.

Esta evolución también parecía barajarse en la escena política israelí que, días antes de las elecciones, prodigó sus gestos en torno a la posibilidad de abrir un canal de diálogo con los islamistas. El propio presidente, Moshe Katsav, reconoció en diversas entrevistas a la prensa española, con motivo de la celebración del 20º aniversario de relaciones diplomáticas entre España e Israel, que “si Hamás declara que Israel tiene derecho a existir y si acepta los acuerdos de Oslo y la Hoja de Ruta, creo que sí, que podemos negociar” (*La Vanguardia*, 17 de enero de 2006). En la misma línea, el histórico líder laborista, Simon Peres, ahora en la lista electoral Kadima, dejó claro: “No luchamos contra un nombre, luchamos contra una situación. Si la situación cambia, no importa el nombre; negociaremos con ellos si se desarman, no podemos dialogar con alguien que acude con un fusil o una bomba a la mesa de negociaciones” (*Haaretz*, 21 de enero de 2006).

Como era imaginable, no todos los partidos comparten estas ideas. Para el Likud, no cabía la negociación con un grupo terrorista similar a Al Qaeda. La victoria islamista, según este enfoque, sería una consecuencia directa de la retirada de Gaza y un error de cálculo del primer ministro interino de Israel, Ehud Olmert. Benjamin Ne-

tanyahu, cabeza de lista del Likud, advirtió de la gravedad de la situación al declarar: “El Estado de ‘Hamastán’ ha sido creado ante nuestros propios ojos: un Estado satélite de Irán a imagen y semejanza de los talibanes [...]. Olmert y Kadima facilitan el establecimiento de un Estado terrorista dirigido por Hamás que será un vástago de Irán” (*Haaretz*, 26 de enero de 2006). Este intento de vincular a Hamás con los movimientos yihadistas no era, en absoluto, novedoso. Inmediatamente después de los atentados del 11-S el portavoz del gobierno israelí, Gidon Saar, manifestó a la prensa internacional: “Arafat ha constituido en los territorios una coalición de organizaciones terroristas. Protegiendo al terrorismo, actúa de forma idéntica al régimen de los talibanes en Afganistán”.

La victoria electoral de Hamás también supone un reto sin igual para la comunidad internacional, ya que la ANP es altamente dependiente de sus ayudas (en 2005, recibió 500 millones de euros por parte de la UE y 300 de EE UU) y, en el caso de interrumpirse, provocarían su inmediato colapso. Después de su letal campaña de atentados suicidas contra civiles iniciada en 1995, la organización islamista fue incluida primero en la lista terrorista estadounidense y, en 2004, en la europea, lo cual parece garantizar que ni Bruselas ni Washington presionarán a Tel Aviv para que vuelva a la mesa de negociaciones.

La denominada comunidad internacional ha planteado tres exigencias a Hamás. En primer lugar, abandono de la violencia y el terrorismo; en segundo lugar, reconocimiento de Israel; y, en tercer lugar, aceptación de las negociaciones y del marco de Oslo. Las decla-

raciones emitidas por el Cuarteto (EE UU, la ONU, Rusia y la UE) y Bruselas el 30 de enero incidieron en un mismo mensaje: la aceptación de estas tres demandas era condición sine qua non para el mantenimiento de las ayudas internacionales y para la apertura de un canal de diálogo con los islamistas.

No debería desdeñarse el efecto negativo que estas presiones internacionales está teniendo entre los palestinos, que consideran que EE UU y la UE están injiriéndose en sus asuntos internos. El diario conservador de Jerusalén *Al-Quds* se quejaba en uno de sus editoriales del “intento de imponer dictados y recomendaciones”: “Está claro que estas amenazas externas representan una intromisión inaceptable en los asuntos internos palestinos [...]. La comunidad internacional debe respetar la decisión del pueblo palestino y ofrecer una oportunidad al nuevo gobierno para que asuma sus responsabilidades y haga sus deberes: las amenazas con interrumpir las ayudas y boicotear a un gobierno del que tome parte Hamás suponen un intento de privar a amplios sectores de la población de su derecho a elegir libremente quién les represente en el Consejo Legislativo y quién asuma las responsabilidades ministeriales en el gobierno de su propio país”.<sup>2</sup>

Debe recordarse que Al Fatah necesitó tres décadas para dar un paso de esa envergadura. Se da la circunstancia de que en su día el reconocimiento de la OLP por parte de la administración estadounidense, en 1988, fue también supeditado a este triple condicionamiento. Lo curioso es que la comunidad internacional exige ahora a Hamás que respete los compromisos asumidos en su día por la OLP, organización de la

2. *Al-Quds*, “Al-tahdidat al-jariyya, tadajjulat gayr maqbula”, 24 de enero de 2006.

que, como es sabido, no forma parte. El 9 de septiembre de 1993, cuatro días antes de la firma de los acuerdos de Oslo, dicha organización envió una carta a Isaac Rabin en la que señalaba: “La OLP reconoce el derecho del Estado de Israel a la existencia en paz y seguridad; la OLP acepta las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU; la OLP está comprometida con el proceso de paz de Oriente Próximo y con el logro de una solución pacífica del conflicto entre las partes y declara que todas aquellas cuestiones aún no resueltas y relativas al estatuto definitivo deberán serlo en el marco de las negociaciones”.

Si bien el reconocimiento de Israel por parte de Hamás es factible a corto plazo, no lo es la aceptación del proceso de Oslo, a pesar de las declaraciones contemporizadoras de Jalid Mashal, el principal dirigente islamista en el exterior, quien ha afirmado: “Respetaremos nuestros compromisos, siempre que beneficien a nuestro pueblo”. Hamás considera que el principal beneficiado por los acuerdos de paz ha sido Israel que, en lugar de retirarse de los territorios palestinos, los ha utilizado para afianzar su posición e intensificar la colonización. En este contexto es pertinente rescatar una frase de Ismail Haniye, número uno de la lista islamista: “Hamás entrará en el Consejo Legislativo bajo la plataforma de la resistencia y no con la de los acuerdos de Oslo, que están muertos”.

Según la lectura islamista, el hecho de participar en las elecciones no debería ser considerado como una aceptación del proceso de Oslo, sino todo lo contrario. Al convertirse en la fuerza más votada y en la llave del gobierno, Hamás interpreta que ha logrado el respaldo necesario para poner fin a las negociaciones y abandonar la

baldía estrategia de Al Fatah. Para comprender plenamente la maniobra de Hamás nos remitimos a unas declaraciones realizadas hace dos años por Zahhar: “Nuestra postura no se ha modificado. Hoy día, al igual que ayer, no consideramos que Oslo sea un modelo válido para reunir en torno a él al pueblo palestino en la etapa presente. Por eso consideramos que es necesario re-hacer un programa de unidad para expulsar a la ocupación de nuestras tierras y, una vez que esto ocurra, compartimos la idea de celebrar elecciones [...]. Es necesario encontrar una nueva fórmula que nos permita deshacernos de los fardos de Oslo”.

La prioridad de Hamás es, por tanto, liderar un gobierno de salvación nacional, aunque no está del todo claro si el resto de la escena política palestina comparte esta posición. Aunque en los días previos a las elecciones, el cabeza de lista de Al Fatah, el encarcelado Marwan Barghuti, reclamó la constitución de “un gobierno de salvación nacional, con la participación de todas las fuerzas, capaz de emprender profundas reformas”, no parece que su punto de vista vaya a prevalecer en Al Fatah, que ya ha rechazado cualquier posibilidad de participar en el nuevo gobierno.

Ante este contratiempo, los islamistas deberán barajar otras alternativas, entre ellas la incorporación del resto de formaciones que obtuvieron representación parlamentaria, entre ellos la Lista del Mártir Abu Ali Mustafa –del Frente Popular de Liberación de Palestina–, la Tercera Vía –del economista Salam Fayyad– o Palestina Independiente –del izquierdista Mustafa Barghuti– que, en total, suman siete diputados. Para evitar un choque frontal de trenes, Hamás podría decantarse por un primer ministro tecnócrata,

aunque se reservará el control de las carteras sociales. Esta posibilidad podría ser aceptable para la UE y EE UU, ya que las relaciones con los países occidentales recaerían en dicho primer ministro o en el propio presidente de la ANP, Mahmud Abbas.

En todo caso, la cohabitación entre un gobierno dirigido por los islamistas y un presidente perteneciente a la “vieja guardia” de Al Fatah no será sencilla. Abbas, que tan sólo ha agotado uno de sus cuatro años de mandato, fue elegido para llevar a cabo un programa basado en la normalización de relaciones con Israel, el mantenimiento de la tregua y la reanudación de las negociaciones. Hamás, por su parte, pretende en primer lugar unificar las filas palestinas y reformar la ANP, todo ello sin perder de vista su proyecto de instaurar un Estado islámico regido por la *sharia*. Para los islamistas, la prosecución del proceso de paz, dada la asimetría actual, iría en detrimento de los intereses palestinos.

Es posible que las diferencias entre Hamás y Al Fatah vayan en aumento a medida que se digieran los resultados de las elecciones. Por primera vez en la historia del movimiento de liberación nacional palestino, Al Fatah deberá pasar a la oposición y resignarse a ceder el monopolio de la vida política que había mantenido hasta el momento, a través de su pleno control tanto de la ANP como de la OLP. Nos encontramos, pues, en una situación completamente novedosa desde que Al Fatah se crease en 1956 y asumiese el control del movimiento de liberación nacional en 1968.

Por tanto, Al Fatah deberá afrontar su propia travesía del desierto y emprender un proceso de renovación que podría generar tensiones entre la “vieja guardia” –integrada por los

mandos históricos de la OLP procedentes del exilio– y la “nueva guardia” –formada por los dirigentes nativos de Cisjordania y Gaza que asumieron el liderazgo de las dos intifadas–. Como se vio en la precampaña electoral, los intereses de unos y otros no tienen por qué coincidir necesariamente, por lo que no debería descartarse que, a medio plazo, el partido pudiera resquebrajarse.

No debe infravalorarse tampoco la posibilidad de un explosión de descontento. Algunos sectores de las fuerzas de seguridad pueden recurrir a las armas si consideran que Hamás intenta marginarles en el nuevo reparto de poder; también ciertos líderes locales de las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa pueden hacer lo propio si ven su posición amenazada. En este contexto, es normal que Jalid Mashal haya lanzado mensajes conciliadores en los últimos meses: “A pesar de nuestras diferencias en el terreno político, Al Fatah es un movimiento combativo que tiene una larga y conocida trayectoria. Ningún nacionalista palestino puede levantarse en armas contra los hijos de su propio pueblo”.

Cabe concluir que nos hallamos ante un cambio de ciclo de impredecibles consecuencias, no sólo para el conflicto palestino-israelí sino también para el conjunto de Oriente Próximo. Para Hamás, 2006 es el año cero. Por primera vez, la ANP será dirigida por un movimiento que rechaza el proceso de Oslo y la Hoja de Ruta por considerarlos perjudiciales para los intereses palestinos. La mayoría absoluta cosechada en las elecciones permite a Hamás conquistar nuevos espacios sin renunciar a los que ya posee. Por una parte, controlará el Consejo Legislativo y el gobierno pero, por otra, no renuncia a su extensa red

de organizaciones benéficas, con lo que cabe pensar que cimentará aún más su posición.

Parece evidente que en la nueva coyuntura, Hamás tendrá que moderar sus postulados y hacer un ejercicio de pragmatismo si quiere mantenerse en el poder. Junto a la necesidad de mantener la tregua vigente desde hace un año, los islamistas son conscientes de que deben dar señales en la buena dirección a una comunidad internacional sacudida por el alcance de su victoria. En opinión de Jalid al Hurub, uno de los principales conocedores del movimiento islamista, “mientras la fuerza islamista no se incorpore al proceso de toma de decisiones y tenga los mismos derechos y responsabilidades que el resto de las fuerzas, se mantendrá el desequilibrio en la representación palestina [...]. La incorporación de Hamás en el mando real pondrá al movimiento ante la tesitura de adoptar decisiones políticas, le cerrará la vía del escapismo y le obligará a hacer frente a la realidad”.

Hace no mucho tiempo, buena parte de la comunidad internacional rechazaba los contactos con la OLP. Sin embargo, dicha organización renunció a la violencia y aceptó la negociación como única vía para establecer un Estado independiente y soberano que conviviese junto a Israel. Los pasos dados en los últimos meses por Hamás –prolongación de la tregua, participación en las elecciones, declaraciones a favor de un Estado en las fronteras de 1967– parecen indicarnos que la historia podría volver a repetirse. Es evidente que Hamás necesita no sólo cooperar con la comunidad internacional, sino también mantener un canal de diálogo con Israel para poder mantenerse al frente de la ANP y garantizar su propia supervivencia.

No obstante, no debería esperarse

una aceptación inmediata de las tres condiciones impuestas por la comunidad internacional para mantener sus ayudas, sino un proceso gradual en el curso del cual Hamás intentará que sus gestos sean acompañados por movimientos recíprocos de la parte israelí, en particular en lo que respecta a la necesidad de que se acepte un Estado palestino sobre Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este. Por su parte, Israel podría estar más interesada en arrinconar al nuevo gobierno palestino con la intención de evitar retomar unas negociaciones que nadie parece desear. De esta manera, tendría las manos libres para proseguir su política unilateral y poder fijar las nuevas fronteras permanentes de Israel.